

Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador

Sergio Grez Toso
Universidad de Santiago de Chile

Nos concentraremos en un sólo aspecto de lo que fue la trayectoria pública de los artesanos chilenos decimonónicos, sin lugar a dudas el sector más importante (social y políticamente) de los "trabajadores por cuenta propia" durante ese siglo: su proyecto político -modernizador y democratizador, a nuestro juicio- de "regeneración del pueblo".

Para comenzar, recordaremos algunas ideas, conceptos e imágenes simples -"lugares comunes"- que evocan, de manera tan o más poderosa que una definición académica, la idea de modernidad. Para hacerlo, nada mejor que el contrapunto con el Antiguo Régimen, desde cuyas entrañas nació la modernidad.

En el plano económico, cuando hablamos del Antiguo Régimen, entendemos una sociedad con evidente predominio de la agricultura, escaso desarrollo de los medios de transporte y una producción de manufacturas concentrada, casi por completo, en bienes de consumo elaborados en pequeñas unidades productivas (talleres). La modernidad, en cambio, emerge indisolublemente asociada al predominio de la producción industrial, es decir, a gran escala y para una demanda más o menos estable y conocida de antemano, no sólo de bienes de consumo, sino también (y de manera

may significativa) de bienes de capital. Un amplio desarrollo de los medios de transporte y de comunicación acompañan esta nueva era (Labrousse 1948:19-21).

En lo político, ideológico y social, el Antiguo Régimen contiene una confusión entre el orden civil y el religioso, el absolutismo político, el imperio de la tradición y del dogma, la cosmovisión religiosa y la escasísima movilidad social. La modernidad surge como oposición a esos fenómenos, con emblemas reivindicativos como la separación de lo religioso y lo profano; la laicidad; el liberalismo, primero y la democracia, después. La idea de modernidad aparece, a menudo, asociada al pragmatismo, a la preeminencia de lo económico, pero también como un proyecto emancipador: como la manifestación de utopías terrenales cuyos ejes son la fe en el progreso, la ciencia, la razón (Corvalán 1993).

Partiendo de estos "lugares comunes", es decir, generalmente aceptados, postulamos la idea de un movimiento popular en Chile durante el siglo diecinueve, en el que los artesanos tuvieron una destacadísima actuación, proyecto que era portador de un proyecto modernizador en lo político y social.

Nuestras investigaciones nos han llevado a postular –y, a nuestro juicio, probar– el surgimiento de un movimiento popular urbano en Chile desde las primeras décadas republicanas, o sea, con anterioridad a la formación de las primeras organizaciones sindicales o protosindicales de fines del siglo diecinueve o comienzos del veinte (Grez 1990). La génesis de este movimiento popular está íntimamente asociada al proceso de urbanización y de industrialización, proceso que se aceleró a partir de los años sesenta de ese siglo; pero, sin duda, tiene raíces más antiguas, es decir, encuentra su punto de arranque en la existencia de gremios artesanales coloniales.

El artesanado (carpinteros, ebanistas, sastres, sombrereros, talabarteros, carroceros, zapateros, etc.), junto a un sector muy reducido de obreros especializados –entre los que destacan los tipógrafos– fue, por lo menos, hasta los años ochenta, la columna vertebral del movimiento organizado de trabajadores. Este sector social marcó con su sello el conjunto del movimiento popular que se desarrollaba en las ciudades chilenas, movimiento que es posible detectar a través de una serie de reivindicaciones permanentes que se traducían en organizaciones, movilizaciones, peticiones, y en la generación de un discurso y una identidad de “artesanos y obreros honrados”.

De manera más precisa, podemos señalar que este movimiento levantó, a lo largo de casi todo el siglo, las banderas del proteccionismo a la industria nacional, la reforma o abolición del servicio en la Guardia Nacional, la educación o “ilustración” del pueblo, además de una aspiración genérica de justicia y redención social. Estos y otros elementos conformaron durante mucho tiempo el proyecto de “regeneración del pueblo”, que socializaron Arcos y Bilbao hacia mediados de siglo y que se plasmó posteriormente en la acción de los artesanos y obreros urbanos. Se trataba, sin lugar a dudas, de un movimiento élite de los trabajadores urbanos, puesto que el peonaje quedaba marginado, aunque confluía en algunas coyunturas con los artesanos y obreros especializados. Estos últimos eran los que manifestaban una mayor predisposición a participar de los conflictos políticos centrales, con una opción política mayoritaria que era –

desde antes de la experiencia de la Sociedad de la Igualdad–, el apoyo o la alianza con la fracción de las clases superiores. Esta preferencia de los sectores mayoritarios de los trabajadores organizados (no olvidemos que también existieron, desde fines de los años sesenta, organizaciones de trabajadores dirigidas por el clero y los conservadores), se explica por el propósito declarado del liberalismo de romper con el pasado colonial, promover la instrucción, el ahorro y la previsión entre los desheredados, a fin de lograr la ansiada “regeneración del pueblo”, además de proceder a la ampliación de las libertades públicas y a la laicización del Estado y de la sociedad, objetivos modernizadores plenamente compartidos por las organizaciones del naciente movimiento popular.

El movimiento popular se componía de una red de mutuales, cooperativas, escuelas nocturnas de artesanos, sociedades filarmónicas de obreros, logias de temperancia y otras organizaciones que se fueron extendiendo y consolidando durante los años sesenta, setenta y ochenta del siglo diecinueve, hasta cubrir, prácticamente, todas las ciudades de cierta importancia del país y lograr crecientes grados de coordinación. Así sucedió, por ejemplo, durante la campaña contra los efectos de la crisis económica sobre los sectores populares, durante los años 1876-78, campaña protagonizada por las principales sociedades de socorros mutuos del país (Grez 1992a).

Siendo las ideologías del siglo –o por lo menos las ideologías ascendentes– caracterizadas por su fe en el progreso y la razón, era natural, para este movimiento de trabajadores, compartir estos principios, encarnados en aquella época por el liberalismo nacional.

Si a la idea de modernidad se asocia de manera inseparable la noción de democracia política y social, y no sólo de desarrollo económico, concluimos que el movimiento popular urbano chileno del siglo pasado fue un movimiento modernista o modernizador. Y, aunque generalmente se reconoce al movimiento obrero y popular chileno del siglo veinte su influencia decisiva en cada una de las etapas del progreso social y de la ampliación de la democracia, raramente se perciben en su homólogo decimonónico tales características. Quizás la

explicación a esta paradoja se encuentre en el virtual desconocimiento de su existencia o de lo que fue su real magnitud.

Y, sin embargo, ese movimiento planteó desde muy temprano el problema de la instauración de la democracia política y la aplicación efectiva de los principios republicanos proclamados por la Constitución de 1833 y en los discursos de la élite.

Es verdad que estos postulados eran también promovidos por los liberales de las clases dominantes y que a menudo, sobre todo durante las primeras décadas republicanas, el bajo pueblo era sólo una fuerza de apoyo a las distintas facciones oligárquicas en pugna; pero poco a poco, esos sectores populares encabezados por el artesanado fueron delineando el perfil de un "liberalismo popular", más radical que el "liberalismo oficial", y que primero tendió a distinguirse, para más tarde separarse de la fracción liberal y laicizadora de la oligarquía.

Sobre este punto, podemos constatar que si bien hubo una adhesión del sector mayoritario del movimiento popular a los postulados del liberalismo, esta adhesión llevó siempre la huella del origen social de sus actores y se tradujo, por lo tanto, en una búsqueda de una identidad propia y en una expresión política independiente. Lo hizo instintivamente en un primer momento, luego de manera cada vez más consciente. Incluso, con anterioridad a las guerras que permitieron la concreción del proyecto independentista, hubo opiniones precursoras que apelaron a la constitución del sujeto popular. Una de esas voces fue la del fraile Antonio de Orihuela, quien, en un discurso-proclama distribuido al pueblo de Concepción y a los diputados del primer Congreso Nacional de 1811, interpelló a los:

infelices que formáis el bajo pueblo,

acusando a la aristocracia criolla y a los "euro-peos", es decir, a la burocracia peninsular, de ser los causantes de las desgracias del pueblo:

Mientras vosotros sudáis en vuestros talleres; mientras veláis con el fusil al hombro, al agua, al sol, y a todas las inclemencias del tiempo, esos

señores condes, marqueses y cruzados duermen entre limpias sábanas y en mullidos colchones, que les proporciona vuestro trabajo,

y llamando a los pobres a constituirse en sujeto histórico:

despertad, pues, y reclamad vuestros derechos usurpados,

para:

borrar si es posible de los vivientes a esos seres malvados que se oponen a vuestra dicha, y levantar sobre sus ruinas un monumento eterno a la igualdad.¹

Pero, a pesar de este fervoroso llamado, en esa oportunidad no hubo oídos receptivos. La constitución del sujeto popular se desarrollaría lentamente, después de lograda la Independencia, a través de una apropiación del discurso de una de las fracciones de la élite, es decir, a través de una lectura popular del ideario liberal. En cada coyuntura propicia surgirían las voces del bajo pueblo, débiles y dispersas, primero, más fuertes y organizadas, después, tomando del ideario liberal lo más adecuado para la defensa de los intereses populares.

En la coyuntura electoral de 1844-45, el obrero tipógrafo Santiago Ramos ("El Quebradino"), junto a su amigo el franciscano Antonio Mañán, se refirieron de la siguiente manera al papel del artesano:

la fuerza moral está en el artesano, porque el artesano representa en la nación la mayoría. El artesano también reúne la fuerza material. Del artesano sale el elector y el soldado.

(*El Pueblo*, Santiago, 25/01/1846)

Levantaban como banderas la protección de las artes, la prohibición de importación de manufacturas que se pudieran fabricar en el país y la

1. Sesiones de los Cuerpos Legislativos, 1811 a 1845, Tomo I, pp. 375 a 379, citado por Luis Vitale, en *Interpretación marxista de la historia de Chile*, tomo III (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971), p. 27.

abolición de la pena de muerte. A pesar del carácter confuso del grupo dirigido por El Quebradino y Mañán, la élite reconoció en él un peligro: pronto se organizó la Sociedad del Orden, concurriendo a ella tanto pipiolo como pelucones. Los liberales más avanzados, puestos entre dos fuegos, constituyeron la Sociedad Democrática, la que a su vez creó la Sociedad de Artesanos Caupolicán, destinada a competir con Ramos por el apoyo entre los artesanos. El gobierno suprimió el periódico de la oposición plebeya, decretó el Estado de Sitio y el bajo pueblo respondió con manifestaciones, incidentes y consignas de: "¡Abajo el Ejecutivo, abajo los ricos!"²

En las coyunturas de 1850-51 y 1858-59, este fenómeno de irrupción del bajo pueblo en el escenario político se extendió aun más. Y, aunque se trataba de intervenciones limitadas, parciales, discontinuas y muchas veces subordinadas a la oligarquía opositora, aparecieron fenómenos nuevos: en 1859, si bien los artesanos santiaguinos militaron en el mismo club político –la Sociedad de la Igualdad– que los liberales de las clases superiores, en otras ciudades –en San Felipe, Los Andes y La Serena– los artesanos y otros elementos populares constituyeron clubes igualitarios con vocación permanente, integrados exclusivamente por individuos del bajo pueblo, que actuaban paralelamente a las organizaciones de la élite liberal. Pero esta diferenciación no era sólo orgánica; también aparecía en los objetivos y tareas, en los que el aspecto "social" cobraba particular importancia: realización de cursos vespertinos para trabajadores, organización de Montes de Piedad, etc. (Grez 1990:297-371).

El peonaje, por su parte, en 1851, y más aún en 1859, manifestaba su preferencia por los métodos de la "guerra social": montoneras, saqueos, motines y sangrientos levantamientos en contra de los poseedores, muchas veces sin distinción de bandos (Grez 1990:385-412).

El desarrollo del movimiento mutualista a partir de 1853, y de otras formas de organización popular que respondían a necesidades concretas de los sectores populares (previsión, salud, instrucción, alimentación, recreación y cultura), permitió, en las décadas siguientes, ir afirmando el discurso popular de la "regeneración del pueblo", levantado por los artesanos y otros trabajadores. Las diferencias con el liberalismo de la élite se fueron profundizando. Entre 1876 y 1878, los mutualistas de distintas ciudades lograron coordinarse para desarrollar una campaña contra los efectos de la crisis económica: mítines, manifestaciones y hasta una *Petición de los Obreros de Chile* al Presidente de la República para que se tomaran medidas proteccionistas, fueron la respuesta popular a la crisis (Grez 1992a).

Por esos años, surgió la Sociedad Escuela Republicana, un club político de avanzado corte liberal, compuesto mayoritariamente por artesanos y elementos populares, que propició la creación y coordinación de mutuales, cooperativas y otras organizaciones sociales.

El movimiento popular seguía apoyando la acción del liberalismo, pero las diferencias se profundizaban: el proteccionismo y la abolición o reforma del servicio en la Guardia Nacional (que afectaba principalmente a los artesanos) eran reivindicaciones que chocaban con el credo liberal de la élite. Las "candidaturas obreras" de 1882 y 1885, aunque inscritas en el campo del liberalismo, eran signo de desarrollo de una identidad política propia de los elementos populares, nucleados en torno al artesanado. Hacia mediados de la década del ochenta, los líderes del movimiento mutualista criticaban el "liberalismo de frac y corbata", por no haber introducido sino cambios formales a través de su dirección de los asuntos del Estado. Decía un periódico publicado por un conjunto de mutuales:

La escena es siempre la misma, sólo ha habido cambio de comediantes, y para colmo de desdichas, el público paga cada vez más caro.

("La política que conviene a los trabajadores", *La Razón*, Santiago, 29/08/1884)

2. Archives du Ministère des Affaires Étrangères de la République Française, lettre de M. Cazotte au Ministre des Affaires Étrangères, Direction Politique N° 50, *Correspondance Politique Chili N° 10 1845-1846*, fs. 175-176.

Pero aún no se llegaba al punto de ruptura con el "liberalismo imperante". La Sociedad Escuela Republicana y el movimiento popular organizado dieron un apoyo condicionado a la candidatura presidencial de Balmaceda en 1886. La separación definitiva del "liberalismo popular" y el "liberalismo imperante" se produciría un año más tarde, al constituirse el Partido Democrático (PD), expresión política del movimiento popular, de carácter laico, democrático y liberal popular, en el que los artesanos unidos a algunos intelectuales de las clases medias jugaron un papel central.

La compleja relación entre el movimiento popular acaudillado por el PD y el gobierno de Balmaceda es en buena medida la expresión del choque entre dos concepciones de la modernidad (Grez 1991 y 1992b). Por un lado, el proyecto industrializador y modernizador del Presidente, basado en la importación de tecnología, medios de producción y hasta técnicos y trabajadores extranjeros: "modernización nórdica" o "autoritarismo modernizante venido del norte" lo denominará Gabriel Salazar (1993). Frente a él, el proyecto artesanal y popular de protección a las "artes y oficios", ampliación de las libertades públicas, "regeneración del pueblo" y justicia social. Tomando nuevamente la terminología salazariana, podríamos hablar del "social-productivismo" del bajo pueblo enfrentado a la modernización económica autoritaria dirigida desde la cúspide del Estado que intentó el Presidente-mártir (Salazar 1985:173-228, 1991 y 1993).

La oposición entre ambas concepciones no tardó en manifestarse: el PD y el movimiento popular, del cual era su expresión, levantaron como reivindicaciones la "instrucción obligatoria, gratuita y laica", la "reducción del ejército permanente y la supresión de la Guardia Nacional", la "organización por el Estado de la asistencia pública en favor de los enfermos, ancianos o inválidos del trabajo", la abolición de los impuestos sobre los artículos de alimentación y el ejercicio de las artes e industria, reemplazándolos por un impuesto progresivo sobre los capitales, la "protección a la industria nacional, liberando la materia prima, recargando las manufacturas similares del extranjero y subvencionando las industrias importantes,

los descubrimientos útiles y los más acabados perfeccionamientos industriales" (Programa del Partido Democrático, 1887).

Sendas campañas de masas con mitines multitudinarios en distintas ciudades del país fueron organizados por el PD y las mutuales para protestar contra el alza del pasaje de segunda clase de los tranvías; para oponerse a un proyecto de ley destinado a gravar la importación del ganado argentino, lo que favorecería a los latifundistas nacionales, pero haría más escaso el consumo de la carne entre los sectores populares; y para impedir la contratación por el gobierno de trabajadores extranjeros para la realización de obras públicas. También se desarrollaron masivos actos de protesta para obtener la disolución de la Guardia Nacional y la anulación de una Ordenanza sobre reuniones públicas, que restringiría el derecho de reunión (Grez 1991). La regresión sangrienta de la huelga general del Norte Grande y de Valparaíso, en julio de 1890, enajenó más apoyos populares al gobierno (Grez 1985).

La modernización del Presidente Balmaceda se había quedado prácticamente sin apoyo en la base de la pirámide social. Vale la pena preguntarse si a esas alturas los seguía teniendo en la cúspide.

Sintetizando lo expuesto, podemos afirmar que el proyecto de "regeneración del pueblo", animado por los artesanos y obreros urbanos en Chile durante el siglo pasado, fue un proyecto de *modernidad popular*, ya que se proponía la democratización del sistema político, para actuar desde su interior en defensa de los intereses populares. Esta opción implicó la creación de nuevas formas de sociabilidad que significaban una ruptura radical con las antiguas formas de organización en cofradías de tipo religioso, en las que se había cobijado el artesanado colonial. A su vez, estas nuevas organizaciones asumieron funciones que prefiguraban el advenimiento del moderno sindicalismo y de los partidos políticos populares del siglo veinte. No es un hecho anodino que el primer partido político chileno que haya adoptado formas de funcionamiento plenamente modernas (militancia de masas a través de estructuras regulares y permanentes, publicación de periódicos oficiales, realización periódica de convenciones,

organización de campañas de opinión pública y de peticiones a las autoridades, etc.) haya sido precisamente el PD.

La aspiración a la "regeneración del pueblo" en la concepción artesanal y popular implicaba, entre otras cosas, que el Estado abandonara la concepción liberal que dejaba las funciones asistenciales (en salud y educación) a merced de la caridad de la Iglesia y de las clases superiores—cuestión heredada del Antiguo Régimen—y que asumiera ciertas funciones económicas y sociales. La ruptura con el pasado colonial, con sus lacras y prejuicios, no sería efectiva mientras el pueblo se encontrara en la degradación que era la característica de la llamada "cuestión social". Estos problemas, y no las añejas "luchas religiosas", se constituyeron en la preocupación del movimiento popular al finalizar el siglo. Como es sabido, el ingreso de Chile en la modernidad no fue el preconizado por los artesanos y obreros que formaron y extendieron las mutuales, cooperativas, sociedades filarmónicas de obreros, escuelas de artesanos, logias de temperancia y las primeras organizaciones políticas populares. La modernización social y política debió ser asumida, década más tarde, "a reculones", por la clase dominante, cuando los poros de la sociedad oligárquica no podían respirar más bajo la costra de la "cuestión social".

En lo económico, tampoco fue el proyecto "social-productivista" del bajo pueblo el que guió la modernización. ¿Era acaso factible la industrialización autosostenida que parecía levantar el proyecto artesanal? ¿Vale la pena formularse esta pregunta? Hay quienes afirmarán con fatalismo que la historia fue lo que fue y no lo que podría haber sido, pero para los estudiosos de la realidad (presente y pasada), es importante plantearse dicho tipo de interrogantes, ya que ellas nos ayudan a la comprensión y, tal vez, a la resolución de los problemas de nuestro tiempo. Es, sin duda, en esta relación activa entre el presente y el pasado que la disciplina de la historia adquiere su mayor sentido. Formulada de otro modo, la cuestión que seguirá siendo planteada es la de las condiciones necesarias para que las clases o grupos sociales subordinados estén en condiciones de implementar un proyecto alternativo de sociedad. Los

debates sobre las distintas vías posibles de acceso a la modernidad podrían, a no dudarlo, aportar elementos de respuesta a esta inquietud.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Corvalán M., Luis
1993 "Modernismo y posmodernismo: un enfoque histórico". *Mapocho* (Santiago) 34. Segundo semestre, pp. 179-195.
- Grez T., Sergio
1985 "La huelga general de 1890". *Perspectivas* (Madrid) 5, pp. 127-167.
1990 "Les mouvements d'ouvriers et d'artisans en milieu urbain au Chili au XIX^{ème} siècle (1818-1890)". Thèse pour le Doctorat (Nouveau Régime) d'Histoire et Civilisations, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris.
1991 "Los primeros tiempos del Partido Democrático chileno (1887-1891)". *Dimensión Histórica de Chile* (Santiago) 8, pp. 31-62
1992a "La mutualité aux origines du mouvement ouvrier chilien". *La Revue de l'Economie Sociale* (Paris), pp. 155-183.
1992b "Balmaceda y el movimiento popular". En: *La época de Balmaceda*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, pp. 71-101.
- Labrousse, Dégert
1948 *Le mouvement ouvrier et les théories sociales en France de 1815 à 1848*. Paris.
- "Programa del Partido Democrático. Aprobado en la Junta General del 20 de noviembre de 1887". *El Ferrocarril*, Santiago, 29/11/1887.
- Salazar, Gabriel
1985 *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago: Ediciones SUR.
1991 "Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercados. Chile, 1830-1885". *Proposiciones* 20. Santiago: Ediciones SUR, pp. 180-231.
1993 "Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular". En: Luis Ortega, ed. *La Guerra Civil de 1891. 100 años hoy*. Santiago: Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, pp. 171-195.